

NUEVOS EXTRACTOS

DE LA
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS
AMIGOS DEL PAÍS



Discursos pronunciados con motivo del Acto de Ingreso como Amigo de Número de
JOSÉ MENSURO "MENSU"

Suplemento 17-G del Boletín de la RSBAP

DONOSTIA - SAN SEBASTIÁN
2003

PALABRAS DE RECEPCIÓN

Juan Antonio Garmendia Elósegui

José María Urkia Etxabe

Los Pintores del Bidasoa –con rango de Escuela para no pocos investigadores y estudiosos– constituyen uno de los hitos más significativos de la cultura vasca y de la personalidad artística guipuzcoana en particular. Es algo que nos honra y enorgullece a todos.

Irún, desde hace muchas décadas, sabe mejor que nadie de la importancia y esplendor de la producción artística de tal Escuela, y hay que añadir que, junto al arte, Irún constituye además toda una fundamental referencia guipuzcoana en el área de la música, literatura y periodismo, deporte, con numerosos importantes nombres en el mundo de la ciencia, en diversas profesiones y la cultura en general.

La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País viene distinguiendo desde hace años a personas e instituciones culturales de Irún y la comarca del Bidasoa: a menudo de la mano e iniciativa del miembro de nuestra Comisión de Gipuzkoa, Amigo Javier Lasagabaster.

En esta ocasión la RSBAP se honra en saludar la Lección de Ingreso como Amigo del País del prestigioso artista Mensu, Pintor del Bidasoa, con su exposición en el magnífico Centro

Cultural Amaya de Irún, que el Ayuntamiento de dicha Ciudad patrocina generosamente.

Nos es muy grato manifestar aquí nuestra gratitud al Consistorio irundarra que acogió desde el primer momento el proyecto de esta exposición y la edición de su catálogo: al exalcalde Alberto Buen, quien recibió en su día con todo interés y afecto esta iniciativa presentada por el entonces Presidente de la Comisión de Gipuzkoa de la RSBAP, Amigo Sebastián Aguirreche Oraá; al actual Alcalde, José Antonio Santano y al Concejal de Cultura, Fernando San Martín, quienes, igualmente, han apoyado con todo entusiasmo el proyecto que, gracias al Ayuntamiento de Irún —que cuenta con una larga y admirable trayectoria cultural—, es hoy una espléndida realidad.

Esta exposición y su catálogo hablan elocuentemente, por sí, de la calidad y técnica, de la sensibilidad y riqueza estética del Amigo Mensu. Muchos y muy interesantes y elogiosos juicios se han vertido acerca de su obra. Por citar aquí sólo unas breves referencias, evocaremos ahora aquellas ediciones *El espíritu pictórico de Mensu* (M.A.Marrodán), *Puertos del país Vasco en los dibujos de Mensu* (L.P.Peña Santiago, F.J.Zubiaur) y *De Mensu* han dicho, con testimonios y juicios verdaderamente hermosos e importantes.

Por nuestra parte nos es grato recordar lo que, desde la RSBAP, escribíamos hace unos años para el catálogo de una de sus exposiciones en su sala de Hondarribia:

Ocres otoñales, brumas pirenaicas, caminos barojianos, valles de mil verdes, aguas de las que tanto, hablan historiadores y poetas, rutas de contrabandistas, aves que surcan los nubarrones sobre el cabo Higuer, los húmedos caminos junto al Bidasoa, el viento sur que acerca el Larrun... Un sinfín de evocaciones y de temas con los que Mensu atraviesa Euskal Herria con especiales paradas en los puertos de nuestras costas, en los muelles que acogen los cascos de tanto heroísmo pesquero.

Tratados con una luz y un color de ricos y vivos cromatismos, equilibrados en su serena armonía, la pintura naturalística de Mensu nos deja el legado de la visión y una tierra apasionantes. Toda una "Canción de la Tierra".

Porque, además de arte y emoción, hay también en estos paisajes de Mensu, tan elaborados y sentidos, una antropología del País. Ya que, junto a la descripción de una etnografía rural, marina y urbana, están las personas recogidas en infinidad de preciosos dibujos y composiciones.

Y es que, tras el inagotable trabajo de Mensu, hay un gran dibujante y una depurada técnica.

El mérito de su trabajo incansable y diaria docencia, su esfuerzo de superación y de nuevas experiencias, la inteligente y minuciosa aprehensión de tanta belleza y su creación de tantas armonías y emociones es algo que con gratitud, admiración y afecto quedará siempre en el recuerdo de muchos de nosotros.

ASIR MENSURO
Historia y del Arte

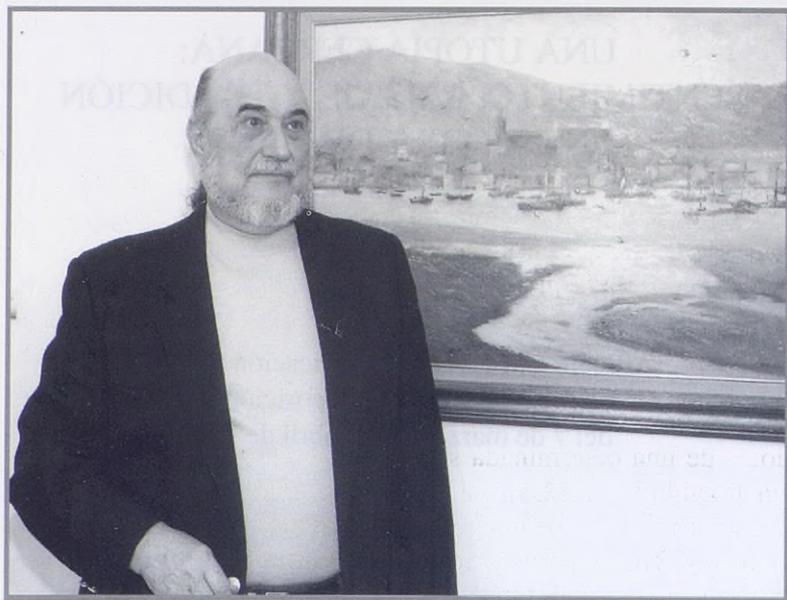
San Sebastián, 2003

UNA UTOPIA CERCANA: SENTIMIENTO, PAISAJE Y TRADICIÓN EN LA OBRA DE MENSU

Artículo extraído de la publicación titulada
MENSU, sobre la exposición
del 7 de marzo al 6 de abril de 2003

ASIER MENSURO
Historiador del Arte

San Sebastián, 2003



Mensu

La potente cultura audiovisual contemporánea crea todo tipo de imágenes que consumimos con avidez. Desde la imagen de un país bombardeado en un telediario hasta un frasco de perfume ofrecido por una sonriente modelo en las páginas de una revista, diariamente recibimos una infinidad de mensajes visuales que, dado el frenético ritmo de vida actual, asimilamos sin reflexionar demasiado sobre ellos. Como consecuencia, el significado de los códigos que nuestra cultura otorga a determinados objetos, dotándolos de una determinada significación comprensible por todos sus miembros, se desvirtúa. La voracidad con la que el mercado consume todo tipo de imágenes obliga a modificar continuamente estos códigos, a pervertirlos, a sustituirlos por otros de mayor impacto a ojos del espectador, así como a introducir códigos extranjeros que, poco a poco, conquistan nuestra cultura.

En esta vorágine resulta reconfortante acercarse a la pintura figurativa. Una exposición protegida por el museo, sala de exposiciones o galería que la alberga, es uno de los pocos lugares contemporáneos donde los seres humanos nos tomamos el tiempo necesario para disfrutar de las imágenes y reflexionar sobre ellas. Y dado que la espina dorsal del arte figurativo es la propia realidad, la figuración pictórica se nos presenta como una invitación del artista a reflexionar sobre ese pedazo de mundo que ha plasmado en el lienzo.

Desde los retratos de Corte surgidos de la mano de Velázquez y Goya, pasando por las escenas de la vida cotidiana de los burgueses parisinos captadas fugazmente por los impresionistas franceses, hasta las oscuras representaciones que los expresionistas alemanes pintaron durante la República de Weimar. La buena pintura figurativa ha estado íntimamente ligada a su época,

planteando una reflexión personal del artista sobre el mundo que le es propio y conoce.

Así a finales del siglo XIX, la pintura vasca tuvo importantes representantes –bien autóctonos, bien artistas que han residido en nuestras tierras– que han reflejado en sus obras nuestra cultura, costumbres y lugares. En pocas palabras, nuestra particular realidad. De este modo, los Iturrino, Vázquez Díaz, Regoyos, Arrue, Arteta, etc., además de ser introductores de vanguardias estilísticas desconocidas en nuestro país, tales como el uso del color fauvista o del dibujo cubista de influencia cezanniana, han representado nuestro mundo legándonos un importante patrimonio que, junto a su indudable calidad pictórica posee un inmenso valor histórico y etnográfico.

El desarrollo del arte vasco en la segunda mitad del siglo XX asiste a la eclosión del arte abstracto, contando con escultores de talla universal como Eduardo Chillida y Jorge Oteiza, junto a figuras de importante trayectoria nacional e internacional, como Basterretxea, Ibarrola o Mendiburu.

La vanguardia abstracta ha eclipsado en cierta medida a otros autores cuya cercanía a esta corriente fue menor, haciéndonos olvidar que la pintura figurativa ha continuado en nuestras tierras y que, a los maestros de principios de siglo anteriormente citados, les siguieron otros algo más jóvenes, tales como Montes o Artía, por citar dos de los artistas íntimamente ligados a la comarca del Bidasoa.

José Mensuro, Mensu, encaja a la perfección en esta tradición siendo, a mi entender, uno de sus últimos representantes. Julio Caro Baroja afirmaba que *“la última imagen de aquella tierra del Bidasoa que fue la delicia de tantos artistas del siglo XIX y de la primera mitad de éste, es Mensu el que la ha recogido”*.¹

1 Extracto del texto escrito por Julio Caro Baroja a modo de presentación, incluido en el catálogo de la exposición del autor celebrada en la Galería Mensu, del 24 de julio al 5 de septiembre de 1982.

Respecto a esta última reflexión debo matizar que, si bien ha existido una larga tradición pictórica figurativa en la comarca del Bidasoa, la unificación de estos pintores en la llamada “Escuela del Bidasoa”², se me antoja una elucubración teórica excesiva. Tal denominación exigiría cierta concordancia estilística inexistente entre todos ellos, así como un sello personal de dicha escuela que les diferenciase del resto de pintores figurativos del País Vasco.

Si bien todos ellos residieron en nuestra comarca y, enamorados de su paisaje, lo utilizaron como tema en sus composiciones pictóricas, su visión sobre nuestro paisaje y costumbres, resulta en mi opinión insuficiente para agrupar a este heterogéneo grupo de artistas.

La diversidad entre sus concepciones pictóricas es sin duda la mejor prueba de esa heterogeneidad. Nuestros pintores tomaron como punto de referencia París donde, desde una paleta claramente impresionista, recibieron la influencia del postimpresionismo y de algunas de las primera vanguardias históricas, tales como el fauvismo y el primer cubismo que, sin llegar a la abstracción, potenciaba el aspecto volumétrico de los objetos.

Estas tendencias, comunes al resto de pintores vascos interesados por la vanguardia de la época, son aprendidas por los pintores del Bidasoa de modo muy diverso. De este modo, Darío de Regoyos destacará por su logrado cromatismo, cuya intensidad permite clasificarlo como un impresionista que paulatinamente introduce matices fauvistas en su pintura, mientras que Vázquez

2 La Escuela del Bidasoa ha sido estudiada por Juan María Álvarez Emparanza en sus obras: *Origen y evolución de la Pintura Vasca y La pintura Vasca Contemporánea* (1935-1978), ambos publicados por la C.A.P. de Guipúzcoa en los años 1973 y 1978 respectivamente. Posteriormente, aparece el libro: ZUBIAUR CARREÑO, F.J.: *La escuela del Bidasoa. Una actitud ante la naturaleza*. Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Institución Príncipe de Viana, 1986; donde se estudia dicha escuela de manera monográfica y, cuyas conclusiones comparto.

Díaz o Montes Iturrioz destacan por su dibujo volumétrico y la utilización de grandes masas de color a la manera postimpresionista.

Mensu comparte con todos ellos ese gusto por el paisaje bidasotarra, que ha convertido en temática central de su obra. Trabaja el color a la manera postimpresionista y posee una concepción del dibujo volumétrica, cercana a Vázquez Díaz e Iturrioz. Pero coincidencias aparte, su obra está dotada de la suficiente personalidad y originalidad como para tildar a este artista de tardío compañero de viaje y no de discípulo o heredero de ninguna escuela.

UN AMANTE DE LA REALIDAD

En 50 años de profesión, Mensu se ha interesado por diversas disciplinas artísticas campos tan diversos como la escultura abstracta, el teatro o el cine, si bien ha sido la pintura aquella que ha centrado de manera más poderosa su atención. Convirtiéndose en el modo de expresión más acorde a su peculiar sensibilidad.

Resulta interesante indagar en sus orígenes creativos para comprender su elección por el arte figurativo frente al abstracto. Jean Luc Godard, el excelente cineasta de la “nueva ola” francesa, afirmaba que lo que caracterizaba a su cine y al de sus compañeros era su amor por la realidad. Ese amor les llevó a preocuparse por las cosas sencillas, cotidianas, llevando las cámaras a la calle, captando el mundo que les rodeaba de modo análogo al que Rosellini y el resto de los directores neorrealistas habían hecho pocos años antes.

Creo que Mensu siente un amor similar por la realidad que le rodea. Su medimetraje “Tiempo de alma” (1965), además de ciertas deudas estilísticas con la ya citada escuela francesa, especialmente con la cinematografía de Rivette, convierte en protago-

nista a nuestros bosques y playas, dedicando gran parte de los planos del film a mostrar su belleza. Así, poco a poco, el joven José Mensuro descubrirá que, aunque a la hora de crear la abstracción siempre está presente, –la pintura es una sabia combinación de conceptos como la luz, el color o la forma– su amor por la realidad le impide prescindir de ella, manteniéndola como referente último, como realidad sentida de la que nos ofrece su peculiar interpretación.

Sus composiciones tienen como referencia los lugares donde ha vivido o que ha visitado. A pesar de la gran cantidad de información visual que actualmente poseemos sobre cualquier parte del mundo, Mensu necesita sentirla –léase verla con sus propios ojos– para hacerla suya y poder pintarla.

Su obra es, en último término, una recreación personal del paisaje vasco, una reconstrucción ideal en la que el autor impregna diversos rincones de nuestra geografía con sus propios sentimientos. Mensu nos muestra su particular Arcadia: rincones como la bahía de Txingudi y de la Concha, el bosque de Ibarla, Peñas de Aya o diferentes rincones del río Bidasoa se convierten en lugares idílicos cuya contemplación nos invita al contacto con la naturaleza.

El particular mundo de Mensu no olvida sin embargo la huella del hombre. Edificaciones que se integran en el paisaje sin alterarlo –caseríos, puentes o pequeñas ciudades– aparecen en sus cuadros como elementos inseparables de la naturaleza, evidenciando una comunión entre hombre y entorno que aún existe. Obras incluidas en esta muestra como “Puerto de San Sebastián”, donde el malecón y casco urbano se encuentran perfectamente armonizados con la mar y los montes circundantes, son un buen ejemplo en este sentido.

Del mismo modo, el paisaje está presente en los cuadros oníricos de Mensu: en su “Imagen soñada”, el perfil de la villa de Hondarribia se combina con diversas líneas de fuerza; en “Las

cuatro estaciones”, los periodos estacionales conviven en un bosque de ensueño; en “Mi amigo el árbol”, montaña y árboles se funden con diversos planos traslúcidos que alteran su cromatismo.

De alguna manera, estas imágenes nos revelan la parte más íntima de la concepción vital del artista. En ellas el paisaje bidasotarra se desmaterializa, filtrándose en los lugares más recónditos de nuestros espacios cotidianos. Así, en “Paisaje para guardar”, las montañas vascas se introducen en los cajones de una alacena; en “Paisaje para viajar”, todo un bosque de hayas se convierte en equipaje de dos maletas; en “Puerta de Fuenterrabía”, la entrada de un caserío deja entrever todo el pueblo de la comarca del Bidasoa; en “Imagen soñada”, un cesto de mimbre recoge las aguas de la bahía de Txingudi.

En la obra de Mensu, una indisoluble relación entre paisaje natural y hábitat urbano se nos muestra como utopía hacia la que tender, como una unión necesaria que nuestra cultura tradicional supo mantener y que nosotros debemos preservar como parte de una preciosa herencia.

Cuando su obra refleja realidades diferentes a la comarca del Bidasoa, Mensu relaciona de forma similar paisaje y arquitectura. Esta exposición cuenta así con cuadros como “Cúpulas de Venecia”, donde formas arquitectónicas, luz y agua se entremezclan, creando una bella imagen ingravida en la que el entorno realza las estilizadas cúpulas, o “Albarracín”, donde las siluetas de las casas se confunden con el paisaje montañoso.

UNA SIMBOLOGÍA DEL PAISAJE

El estudio de la simbología en la pintura vasca de la primera mitad del siglo XX es uno de los enfoques más interesantes a la hora de abordar una producción pictórica que, amén de innovaciones formales, posee una lectura política y social sobre una época

tan importante para nuestra historia como son los decenios previos a la Guerra Civil española. Además de una serie de obras con una clara lectura social, cuyo ejemplo más destacado podría ser “Náufragos” de Aurelio Arteta, la pintura vasca hizo de las tradiciones etnográficas un arma reivindicativa de nuestra realidad social. De este modo, diversos cuadros de temática costumbrista se convirtieron en imágenes evocadoras de nuestra propia cultura.

La evolución de nuestra sociedad en el tiempo transcurrido desde los 30 impide que analicemos la obra de Mensu desde esa misma perspectiva. Sin duda existe una concordancia temática entre los pintores de principios de siglo y el *habeas corpus* de imágenes del autor que nos ocupa, que versan sobre las labores tradicionales de nuestro pueblo y sus creencias, aunque su interpretación es obligatoriamente distinta.

Lejos del afán pintoresco destinado a facilitar la aceptación de la obra por parte de un sector del público, ávido de este tipo de estampas tradicionales que pervive en la obra de algunos autores actuales de la comarca del Bidasoa, la obra de Mensu ofrece una visión meditada de nuestro pasado coherente con el resto de su producción pictórica.

Si en el primer tercio de nuestro siglo las profesiones tradicionales eran una realidad cotidiana, ésta se han convertido en los últimos decenios –debido al desarrollo industrial– en una actividad minoritaria que necesita, en muchos aspectos, de la ayuda de instituciones para garantizar su conservación. Mensu recoge algunos de nuestros ritos y profesiones tradicionales y, consciente de su importancia, histórica, aporta con sus recreaciones un testimonio de nuestro pasado inmediato.

Obras como la serie de dibujos sobre los puertos del País Vasco³ –que recopila la totalidad de los puertos de nuestras costas

3 Dichos dibujos aparecen recogidos en el libro: *Puertos del País Vasco en los dibujos de Mensu*, editado por propio autor en el año 1993, y acompañado de un texto monográfico de Luis Pedro Peña Santiago.

donde trabajan nuestros arrantzales— y cuadros como “El carnaval de Lanz”, “Txutxurros” o “Procesión de Fuenterrabía”, nos hablan de este importante legado etnográfico.

Más allá del papel testimonial, al analizar la producción pictórica de Mensu apreciamos una serie de coincidencias y constantes que configuran un lenguaje simbólico propio, que resulta especialmente evidente en sus bodegones. Del mismo modo que los pintores cubistas eran capaces de sintetizar su concepción de la realidad en algo aparentemente tal banal como son los objetos cotidianos de sus naturalezas muertas, Mensu imprime en este particular género las propuestas personales de su universo pictórico.

Sus composiciones invocan la vida y la naturaleza que vertebra toda su obra. En ocasiones, el propio bodegón se encuentra integrado en el paisaje, como en “Composición en la naturaleza”, “Pamela y sombrilla”, “Manzanas” u “Homenaje a Renoir”.

En ocasiones encontramos sin embargo la situación inversa en naturalezas muertas, donde los interiores son invadidos por el propio paisaje o por elementos dotados de vida, como los pájaros que irrumpen en el escenario inanimado de “Composición”.

La simbiosis entre hombre y naturaleza aparece así, una vez más, como protagonista de la obra de Mensu. El artista acude a nuestro pasado para evidenciar este proceso: utensilios de labor tradicionales y productos agrícolas propios de nuestras tierras, que incluye habitualmente en sus bodegones, son el símbolo de una perfecta convivencia entre el hombre y su entorno.

Esta valoración de pasado, fruto de la incompreensión del artista hacia el desorientado mundo presente, es otra constante en su obra. Sus figuras son arquetipos hoy casi olvidados, representaciones de profesiones tradicionales asociadas con la tierra y el mar cuya ligazón con la naturaleza les convierte en un elemento indisoluble de nuestro paisaje. Su presencia humaniza el paisaje

de Mensu, convirtiéndolo en un fértil paraíso dispuesto a entregarnos sus frutos, entre los que se encuentra el deleite de su contemplación.

Fernando Savater supo apreciar la peculiar sensibilidad de José Mensuro por el paisaje al escribir: *“No se trata de un paisaje compuesto exclusivamente de cosas –bosques, aguas, cielos– sino también de hombres: esfuerzo, alegría, trabajo, femineidad, melancolía de vejez, habitación humana [...] Lo que Mensu pinta es la entraña del paisaje, sus vísceras más urgentes, lo que en cada piedra, cada puerta, cada ola o cada nube reclama nuestra complicidad humana [...]”*⁴

LA LUZ Y EL COLOR COMO ESENCIA DE LA PINTURA

Centrándonos en los aspectos formales de su pintura, Mensu ha tenido una importante evolución desde sus orígenes hasta su producción actual. Su análisis permite clasificar la obra de este autor en, al menos, tres grandes periodos:

El primero de ellos, que abarca desde los inicios de su carrera hasta bien entrados los años 70, se caracteriza por el uso de color aplicado en grandes masas utilizando, indistintamente, pincel y espátula. Dispuesto en el lienzo de manera facetada, crea una serie de imágenes pseudocubistas de serena belleza, que suponen el primer acercamiento del pintor al complejo paisaje del Bidasoa al que consagrará su trayectoria profesional.

La elección del artista a la hora de aplicar el color, de clara inspiración postimpresionista, así como la predilección por una

4 Extracto del texto escrito por Fernando Savater a modo de presentación, incluido en el catálogo de la exposición titulada *Antológica de Mensu*, celebrada del 23 de marzo al 12 de abril de 1987 en las salas de exposiciones de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, sitas en San Sebastián.

paleta monocromática rica en tonos grisáceos, ha llevado a los críticos a comparar su obra con la de Vázquez Díaz.⁵

Como en el caso de los cubistas, los cuadros de Mensu de este periodo son obras de un fuerte espíritu constructivo. En ellas el pintor extrae la esencia de aquellos elementos del paisaje que le seducen, para después componer una imagen meditada, medida y calculada.

De algún modo, Mensu necesita esta labor de disección, este trabajo de “collage”, de auténtico recorta y pega, para conocer y dominar pictóricamente el medio que le rodea.

Esta etapa inicial sirve de aprendizaje al artista que, tras recibir una formación pictórica básica de la mano de Vicente Cobreros Uranga, sigue los consejos de su maestro en lo que respecta a la difícil profesión de pintor. En una carta del 20 de junio de 1974, enviada al autor con motivo de la publicación de un fascículo dedicado a su pintura por parte de la Gran Enciclopedia Vasca⁶, Cobreros escribe: “[...] *No te lo creas demasiado; no te duermas en los laureles. ¡Pinta: y cada vez mejor! Paleta limpia sobre todo. No inventar matices: ¡Verlos en el natural! Siempre finos, como los son los de nuestro paisaje. ¡Tienes tela y tiempo por delante! ¡Cada cuadro, una batalla ganada! ¡Adelante, siempre consciente y exigente!*”⁷

5 Ver por ejemplo, MARRODÁN, M.A.: *El espíritu pictórico de Mensu*, Bilbao, La gran Enciclopedia Vasca, 1985. Col. Grandes maestros del arte moderno, pp. 35 y siguientes.

6 Concretamente *José Mensuro (Mensu)*. Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1974. Col. “Pintores y escultores vascos de ayer, hoy y mañana”, vol. VII, fasc. 63/2. En 1978, la misma colección le dedicó un nuevo fascículo: Op. Cit., Vol XX, fasc. 207

7 Vicente Cobreros Uranga, crítico de arte y pintor, ejerció como profesor en la Escuela de Arte y Oficios de San Sebastián, donde Mensu acudió como alumno entre los años 1947 y 1950.

Mensu acepta las sugerencias de su mentor y amigo. Su ojo gana agudeza, extrayendo formas, colores y luces del paisaje que le circunda, para después reconstruirlas en el lienzo según su personal sensibilidad pictórica. Esta ardua labor, además de obsequiarnos con algunas obras en las que apreciamos un importante grado de creatividad, tiene su fruto en el dominio de la técnica pictórica por parte de un autor que, poco a poco, consigue plasmar con mayor exactitud en el lienzo la luz y el color que lleva dentro.⁸

Esta formación transforma su obra. Sus cuadros se vuelven cada vez más naturalistas, sus luces ganan en matices y su paleta se enriquece sensiblemente, inaugurando el segundo periodo del artista.

La pintura de Mensu durante la década de los 80 y la primera mitad de los 90 se vuelve impresionista. No quiero decir con ello que su objetivo último sea, como en el caso de los maestros franceses, pintar “como ve el ojo”. La captación precisa de la luz y el color no ha sido ni será nunca, en sí misma, un resultado en la obra de Mensu, sino un medio que le permite extraer del paisaje aquello que le interesa, esa fórmula pictórica propia de la realidad que el pintor matiza y hace suya, para ofrecernos su particular visión del mundo que le rodea.

De esta forma Mensu realiza un autentico proceso de selección. Determinados colores, luces y formas, son separados del paisaje y trasladados al lienzo en el que, como si de un mapa se tratase, encontramos una representación gráfica de aquello que ha captado la atención del ojo del artista.

José Mensuro comprende en este periodo, como hicieron los grandes pintores de la Historia del Arte, que la pintura figura-

8 Sobre este periodo en la obra de Mensu ver los fascículos ya citados de La gran Enciclopedia Vasca, así como MARRODÁN, M.A.: *La escultura vasca*. Bilbao, La gran Enciclopedia Vasca, 1980, págs. 260-261.

tiva es una recreación esencial de una realidad que se conoce y se ama, y no una copia mimética de ésta.

El filósofo Xabier Zubiri, refiriéndose a la obra de Mensu, expresó esta misma idea al escribir: *“Todo arte –y toda creación humana– es limitado. Pero el arte y toda creación humana, consisten en hacer de la limitación un principio constructivo suyo”*.⁹

Este periodo nos ofrece así una particular visión de toda la gama cromática existente en el entorno del Bidasoa. En obras como “Rompiente”, “Entre dos luces” o “Marea baja” encontramos los azules, verdes azulados y suaves violetas que abundan en las marinas y en los montes surgidos de la mano del artista.

En “Camino de Oiartzun”, “Otoño”, “Guadalupe” o “El río” se aprecia la completa gama de verdes y dorados, que Mensu incluye en sus representaciones de bosques de la comarca del Bidasoa.

Obras como “Atardecer”, “Contraluz en Ondarribi” o “Luz de atardecer”, ejemplos de su pintura ambientada en el nacimiento o crepúsculo del día, poseen una rica gama de colores cálidos como son los rojos, naranjas, intensos violetas y amarillos.

El color aparece matizado y armonizado en la producción de Mensu por un elemento esencial en sus obras: la luz. Es una luz tenue, suave, rica en tonalidades que todo lo unifican, modulando sus paisajes hasta crear particulares atmósferas cargadas de magia que lo envuelven todo. Admirador de las excepcionales luces de nuestro entorno, Mensu las traslada a sus lienzos con maestría, convirtiéndose en heredero de nuestros pintores del siglo XIX, cuyo personal uso de la luz los distingue de artistas de otras

⁹ Texto manuscrito por el autor en el libro de firmas de Mensu que posteriormente será reproducido en *El espíritu pictórico de Mensu*. Op. Cit., pág. 13.

escuelas, como la valenciana o la catalana, que optan por la intensidad de la luz mediterránea.¹⁰

En los últimos diez años la obra de Mensu ha sufrido una transformación significativa, que pone de relieve su constante búsqueda de nuevas soluciones, evitando acomodarse en viejas fórmulas pictóricas. Este último periodo,¹¹ que integra el grueso de esta exposición, supone la madurez de Mensu como artista. En él, color y luz ganan en expresividad e intensidad, disolviendo las formas y convirtiendo el cromatismo en protagonista absoluto de su obra.

La desmaterialización de los objetos de su producción más reciente conlleva un nuevo planteamiento técnico e interpretativo en la obra del artista. La aparente sencillez de sus últimas obras esconde un complejo proceso de elaboración, que exige una total claridad por parte del autor a la hora de distribuir las masas de luz y color.

Mensu comienza manchando el lienzo con los colores básicos y matices de luz que configuran su aspecto general, para después trabajar el cuadro por veladuras, disolviendo los precisos límites de las formas, bien con gruesos pinceles, bien mediante el uso de pulverizadores y máscaras. Finalmente, el autor refuerza los focos de luz, realzando el cromatismo de la obra y creando un interesante juego de texturas.

¹⁰ Sobre este periodo ver los libros *El espíritu pictórico de Mensu*. Op. Cit. y GARESE, A.: Mensu. Madrid, *Formas plásticas*, 1985. Col. Artistas fin de siglo, serie Figuración.

¹¹ Hasta la publicación de esta monografía, no existía un libro que recogiese de manera extensa el periodo de madurez del artista. Sin embargo, hay dos publicaciones que sí recogen el inicio de esta etapa, cuya lectura es aconsejable para comprender mejor cómo Mensu ha realizado una transición desde una pintura naturalista a otra mucho más irreal y expresiva: LLOP, J.: *Mensu*. Barcelona, Gal Art, 1995. Col. Artistas Gal Art y VV. AA.: *De Mensu han dicho*. Editado por el propio artista en 1995.

La predilección por las formas líquidas frente a las sólidas le permite aproximarse a la técnica de la acuarela. La muestra que hoy contemplamos incluye algunos de sus últimos trabajos al agua, entre los que podemos destacar “El incendio”, “Noche de San Juan”, “Cúpulas de Venecia” o “San Marcos en rojo”.

Esta disciplina –que técnicamente apenas admite el retoque y exige rapidez de ejecución– nos permite entrever el proceso creativo de Mensu. Para su correcta realización es necesario poseer una imagen mental previa de los volúmenes, de la luz y del color que se pretende conseguir. Pero dado lo caprichoso del agua, que acostumbra a rebelarse campando libremente por el papel que le sirve de soporte, exige a su vez una gran capacidad de improvisación por parte del artista.

Guiado por sus sentimientos, Mensu equilibra intuitivamente las masas cromáticas. Dicho proceso es una actividad rápida, visceral, directa desde el ojo del artista a su mano. El inconsciente del autor fluye y se filtra en cada pincelada, para terminar fijándose en la propia obra.

En los últimos años, Mensu parece sentirse muy cómodo trabajando con la pintura al agua, tal y como demuestra el importante número de obras producidas mediante la técnica de la acuarela, y me atrevería a afirmar que dicha predilección tiene su origen en el alto grado en que esta técnica deja traslucir sus sentimientos más íntimos.

En su obra actual Mensu reinventa el paisaje, desprendiéndose de anteriores referencias naturalistas. La luz y el color se eligen con el único objetivo de expresar un estado de ánimo, una emoción propia del artista que, en sus lienzos consigue transmutar el mundo que le rodea.

Este viraje hacia la irrealidad le lleva a introducir en su pintura nuevos elementos expresivos. Así, junto al paisaje, aparecen nuevos iconos como son las máscaras y los muñecos. Todos

ellos son objetos que poseen la rara cualidad de encarnar las emociones humanas, expresando con claridad la apuesta vital de este artista según la cual, si amamos con intensidad la realidad —desde el paisaje hasta los objetos cotidianos que nos rodean—, ésta se humaniza, creando la correcta relación entre hombre y medio que, a modo de esqueleto, sustenta y revaloriza toda su producción pictórica.

El personal mundo expresivo de José Mensuro se presenta ante nosotros como propuesta utópica muy cercana. Avalado por el trabajo diario, este pintor del Bidasoa ha observado su entorno y, extrayendo con ojos de pintor aquello que le parece más bello, cierto y bueno nos lo ofrece plasmado en imágenes.

Comencé este texto hablando de la escasez de espacios en la cultura contemporánea para reflexionar sobre las imágenes y, en especial, sobre aquellas que nos resultan más íntimas y cercanas. En mi opinión, esta exposición antológica que, organizada por el Excelentísimo Ayuntamiento de Irún, conmemora el nombramiento de José Mensuro, Mensu, como miembro de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, es una buena oportunidad para hacerlo.

